

El Periódico ilustrado.



Año II.—Número 47.

DEL 11 AL 18 DE MARZO DE 1866.

ADMINISTRACION Y REDACCION, PASAJE DE MATHEU, 6, TIENDA.



EL PERIODICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscripcion.

UN NUMERO

Madrid. . .	Un año 24 rs.—Seis meses 12 rs.	} 4 cuartos en MADRID.
Provincias. Un año 28 »—Seis meses 14 »		
Ultramar. . .	Un año 80 »—Seis meses 50 »	} 5 cuartos en PROVINCIAS.

SUMARIO.—Revista de la semana, por Palacio.—Efemérides, por J. V. Hernandez.—Un cuento de amor, por E. G. Ladevese.—La cabeza de un rebelde, por Honorio.—Jerez de la frontera.—Escenas de la vida militar en Méjico, por Belza.—Camino del mercado.—El levita de Efraim.—Historia íntima de los perros.—Helgoland.—Un episodio de la guerra del Uruguay.
LÁMINAS: Jerez.—Camino del mercado.—El levita de Efraim.—Historia íntima de los perros.—Un episodio de la guerra del Uruguay.—Helgoland.



CAMINO DEL MERCADO.

REVISTA DE LA SEMANA.

No nos engañáramos en nuestras predicciones. La presentación de Tamberlik sobre la escena del teatro Real, ha bastado para acallar todos los ódios, para dominar todas las pasiones, para poner coto á todas las demasías que el público sensato lamentaba de todo corazón. La tres representaciones de *La Africana* han sido una serie no interrumpida de ovaciones para los artistas encargados de su desempeño, particularmente Tamberlik, la Rey Balla y Bouchée, que despliegan en ella toda la magia de su voz y toda el esplendor de su talento.

A *La Africana* seguirán *Otello*, *Poliutto* y *Guillermo Tell*, intercalándose entre ellas *Macbeth*, *Marta* y *Lucrecia Borgia*, y otras obras del repertorio, en las cuales se presentarán varios cantantes de los contratados nuevamente por la empresa. Los descontentadizos y los interesados dirán lo que quieran; pero nosotros, ante los esfuerzos positivos del Sr. Caballero para complacer á sus abonados, no podemos hacer otra cosa que aplaudir y aconsejarle no abandone esa senda, seguro de que le harán justicia al fin y al cabo.

Nada diremos de los demás teatros, pues exceptuando el de la Zarzuela, donde la gente se rie con la graciosa parodia de los cuadros vivos á que sirve de pretexto *El colmillo del Elefante*, y el de Variedades donde la Civil y Delgado continúan recogiendo aplausos, lo mismo en *Los amantes de Teruel* que en *Lo cierto por lo dudoso*, nada nuevo se representa, siguiendo en el Príncipe *La muerte de César*, aunque sin grandes resultados para el empresario, y en el Circo *Dulces cadenas*, que cada día gusta más al numeroso público que asiste á verla. Y apropósito de *Dulces cadenas*, debemos hacer mencion especial de una de las actrices que en su ejecucion toman parte, y que es una estrella aparecida recientemente en el horizonte artístico, y destinada sin duda á brillar mucho en el porvenir. Esta actriz se llama Clotilde Lombardia, y nosotros, amigos suyos, no podemos ménos de regocijarnos con sus triunfos, y unir nuestros plácemes á los que diariamente le prodigan sus admiradores, que son cuantos la escuchan.

El solo anuncio de la aproximacion de la primavera, principia á despertar los corazones juveniles, disponiéndolos á bromas propias de la estacion. Háblase ya de corridas de becerros en los Campos Elíseos, dispuestas por los aficionados, que nunca faltan; de giras campestres, de reuniones nocturnas, y otros escesos á este tenor; deseamos sinceramente que tan buenos proyectos no fracasen, por nuestro interés de amigos del bullicio, y nuestra conveniencia de revisiteros. Hoy por hoy, apenas se puede hablar de nada, fuera de aquello de lo que no nos es permitido hablar.

Un libro nuevo ha aparecido, interesante bajo el punto de vista artístico, y que revela las especiales dotes de su autor para este género de trabajos. Es un catálogo detallado y concienzudo de los cuadros del Museo nacional de pintura, hecho por nuestro querido amigo Gregorio Cruzada Villamil, director que ha sido algun tiempo de este, hasta la presente muy des-cuidado establecimiento.

Por lo demás, las prensas españolas no vomitan más que periódicos y más periódicos, unos que viven como las flores el espacio de un día, y otros que quedan y que se leen siempre con gusto.

Entre estos últimos, merece ocupar un lugar preferente el que se publica en Barcelona con el título de *Un tros de paper* que no tiene más contra, á nuestro juicio, que estar escrito en el dialecto del país. Yo seria capaz de recomendar al público su lectura, si no fuera porque no creo tener con él la suficiente confianza para aconsejarle que aprenda lo que yo no he tenido valor de aprender, por más que sea la lengua de mi país.

M. DEL PALACIO.

EFEMÉRIDES.

Marzo, ese mes que la hermosa y florida primavera acoge bajo su seno, para presentar orgullosa á la naturaleza el embrion de cuantos objetos pueblan el espeso horizonte; estendiendo con su sabia y pródiga mano estensas fajas de esmeraldado musgo, por las áridas superficies de los espaciosos campos: este mes,

en que la Divina mano del Supremo Hacedor, el Alfá, oméga, del orbe, tapiza lozana el solitario bosque, reedificando á los pintados pajarillos sus inhabitadas moradas, sumidas en la ruina y la desolacion; y el anciano cedro viste afanoso sus desnudas ramas para acoger propicio las alegrías é infortunios que canta el poeta, inspirado por el sosiego y la soledad: Marzo, en fin, en que el gigantesco ciprés cubre con sus tenebrosas ramas las tumbas de emperadores arrebatados por los puñales enemigos, es la representacion genuina de la belleza de lo que nace, y el legado histórico de las grandezas de lo que fué.

En 2 de 1598, Felipe II, vencido por Enrique IV de Francia, en las provincias ocupadas por señores protegidos por él y que se proclamaban independientes, se publicó el tratado de paz de Werwins entre Felipe II y Enrique IV. El 4 de 1580, Felipe II habiéndose estinguido las líneas de varones, y vuelta la sucesion á la corona de Portugal á las hijas de D. Manuel el Grande, y alegando otros diferentes derechos, sale para Portugal á defender los suyos, reduciendo el duque de Alba, encargado de esta guerra, en menos de dos meses, el Portugal á la obediencia de Felipe II.

El 6 de marzo de 1379, tuvo lugar el nacimiento de Enrique III, apellidado el Doliente ó el Enfermo, que fué arrebatado al sepulcro en edad temprana, á causa de sus habituales achaques.

El 7 de 1820, el rey D. Fernando VII, atemorizado por las diferentes sublevaciones que habian estallado por todas partes, aceptó la Constitucion del año 12, convocó las Córtes y abolió el Santo Oficio.

El 9, día de los idus de marzo, César, uno de los hombres quizá más grandes que registra la historia en sus anales, y digno de los títulos de Imperator, César, Augustus (los cuales poseía), amenazado por una conspiracion de 70 conjurados, á cuya cabeza estaban Bruto y Casio, haciendo correr la voz de que trataba de agregar á sus muchos títulos el de rey, al ocupar la silla en el Senado el día arriba dicho, fué embestido por los conjurados, muriendo á manos de Bruto, que le dió de puñaladas, á los 55 años de edad y 44 ántes de Jesucristo.

El 10 de marzo de 706, los españoles refugiados en las montañas Cantábricas, resueltos á reconquistar su patria, además de defenderse, eligieron por rey á don Pelayo, encabezando esta guerra la célebre batalla de Santa Maria de Covadonga.

El 12 de 1801, amaneció asesinado en su cámara, Paulo I (Paulo Petrowitsch), emperador de Rusia, atribuyéndolo á su severidad con las clases militar y noble.

El 14 de 1499, tuvo lugar la colocacion de la primera piedra para la construccion de la Universidad de Alcalá de Henares, debida al cardenal Cisneros.

El 16 de marzo de 1517, á causa de las heréticas doctrinas esparcidas por Lutero, todos los hombres pensadores clamaban por una reforma en las costumbres, y añadiendo á esto la querrela monástica que se suscitó, por haber mandado Leon X predicar una bula de indulgencia plenaria, destinando sus objetos para la conclusion de la Basílica de San Pedro en Roma, y equipar una armada contra los turcos, fueron las causas que precipitaron una reforma en la Iglesia, que se verificó el día arriba espresado.

La noche del 27 de 1808, el pueblo de Madrid, impaciente al ver que se trataba de usurpar el Trono, y que el gobierno habia sido engañado por Napoleon, acometió en Aranjuez, donde residia la corte, la casa del príncipe de la Paz, D. Manuel Godoy, ministro universal de España, siendo las consecuencias del motin la abdicacion de Carlos IV en el príncipe de Asturias, D. Fernando VII.

El 22 de 1622, tuvo lugar la canonizacion de San Ignacio de Loyola, que se distinguió por su virtud y talento en el reinado de Felipe II.

El 23 de 1369, coronado en Búrgos D. Enrique de Trastámara, hermano de D. Pedro el Cruel, marchó en contra de él, para obligarle á renunciar todos sus derechos, pero D. Enrique fué vencido y hecho prisionero; mas libertado éste, volvió contra D. Pedro, encontrándose ambos hermanos en los campos de Montiel. D. Pedro se encontró inesperadamente en la tienda de su hermano, y D. Enrique le asesinó villanamente.

El 24 de 1808, entraron las tropas francesas en Madrid, disipándose el entusiasmo que reinaba en el pueblo por la subida al trono de Fernando VII.

El 18 de 1515, tuvo lugar el nacimiento de Santa Teresa de Jesus, en la ciudad de Avila. Fué uno de

los modelos de virtud y de talento, que coronaron el reinado de Felipe II.

El 30 de 1492, para efectuar en todo la unidad religiosa, se dió por los reyes Católicos el edicto para espulsar á los judios, contra quienes habia más ojeriza que contra los moros; ya porque se creia habian favorecido la entrada á estos, ya porque eran logreros y cobradores de los tributos.

El 30 de marzo de 1547, despues de largos padecimientos, muere Francisco I en Rambouillet, á los 53 años de edad y 33 de su reinado.

El 31 de marzo de 1621, tuvo lugar la muerte de Felipe III. Su reinado fué estacionario para la monarquía española; no ganamos, pero conservamos lo adquirido; únicamente perdimos la superioridad de siglo y medio de victorias, que la otra rama de la casa de Austria en Alemania conservaba y que perdió despues.

J. VALLEJO HERNANDEZ.

UN CUENTO DE AMOR.

(Conclusion.)

IV.

Apenas hube despertado al día siguiente, ví á Erminia en la ventana mirando al Mediodía.

La jóven cantaba tristemente su desgraciado amor:

Sol que en el Oriente naces
con brillante resplandor,
¡ay! respóndeme si sabes...
¿en dónde estará mi amor?
Florecilla, florecilla
que alegre te abres al sol,
¡ay! si sabes, dime pronto...
¿en dónde estará mi amor?
Pajarillo de la jaula,
pobrecito ruseñor,
oyeme: ¿quieres decirme
en dónde estará mi amor?

Yo escuchaba su cantar, y no podia menos de acompañarla con el mio. Al ver que me preguntaba por su amor, le respondia yo lleno de ternura:

Calma tus penas y tu agonía;
¡ay! no te aflija más el dolor,
pues ya muy pronto llegará el día
en que se acabe tu sinsabor....
Niña no llores:
mira esas flores
como respiran tan soló amor.

Apenas me hubo escuchado, abrió la jaula, y acariciándome entre sus manos, exclamaba:

—¡Oh, tú eres el compañero de mis dolores! ¿Quieres ir en un momento á ver en dónde se halla el amor mio?

—¡Sí! la hice yo entender con un gorjeo.

—Pues mira, marcha de un vuelo, y ¡ven pronto á decirme en dónde está.

Yo estendí mis alas, y rápido como una flecha me dirigí hácia el Mediodía.

Al poco tiempo de haber partido ví á mis piés un negro promontorio; fijé en él mi vista, y ví que allí ondeaba la bandera britana. ¡Era Gibraltar!

Avancé más al Mediodía, y despues de pasar un pequeño Estrecho, me ví sobre una nube de carne humana; eran las tropas españolas y marroquies, que peleaban con ardoroso afán.

Allí distinguí á Enrique, y cruzando entre una lluvia de plomo, me posé en sus hombros. Al punto reconoció en mí al pájaro que cantó en el cuarto de su amada cuando él iba á la guerra.

Ví en su pecho una medalla, y despues de haberle hecho comprender los afectos de Erminia, que yo le llevaba, me lancé segunda vez á los aires. Enrique me seguia con la vista.

Cuando llegué á casa de Erminia declinaba la tarde. La jóven, que esperaba impaciente en la ventana, al verme estendió los brazos, dando gracias al cielo por mi vuelta. La conté lo que habia visto, y me bendijo una y mil veces.

V.

No se pasaron tres días cuando otra vez me mandó á ver á su amado. Yo fui, y volví al poco tiempo con más felices nuevas que anteriormente. Enrique habia ascendido un grado, y en su pecho brillaba una cruz más.

Ella no supo cómo premiar mis servicios, y no volvió á meterme más en la jaula.

VI.

Otro día (¡funesto día!) la mañana apareció oscura como nunca; densas nubes cruzaban el espacio.

Me mandó Erminia marchar al Africa á ver á Enrique, y yo fui como de costumbre. ¡Alguna desdicha auguraba aquel día!

Efectivamente.

Apenas llegué al campamento español, un olor á pólvora y sangre embargaba la atmósfera. Se acababa de dar un terrible combate. Unos cien cadáveres habia tendidos en el campo, próximamente.

Entre ellos creí ver á Enrique. Dudando de mis ojos, descendí veloz y me posé en su frente. ¡Enrique estaba frío! ¡Oh! ¡Cuánto lloré entonces! ¡Erminia no sabia que habia muerto el objeto de su pasión!

Alcé mi vuelo, y con gran dolor me acercaba á la casa de Erminia. ¡Pobre joven! iba á morir con mi noticia....

La ví con ansiedad mirando á los aires, y dándome pena hacerla infeliz, no quise llegar hasta ella, y me escondí en la copa de un árbol cercano.

Tres días estuve allí, y Erminia salió todos llena de esperanzas, y volvió con lágrimas en los ojos. Pero en la tarde del cuarto día, la ví caer á la sombra de un ciprés. No me atreví á acercarme; pero á los pálidos rayos de la luna ví luego que era también cadáver.

VII.

El ruiseñor dejó oír un agudo gemido. Yo no pude menos de llorar también.

ERNESTO GARCIA LADEVESE.



LA CABEZA DE UN REBELDE,

leyenda histórica original

DE GONZALO HONORIO. (1)

(Conclusion.)

Una de las veces, al apartarse de la ventana, se encontró con otro caballero de mirada bravia y marcial continente, que como él estaba completamente armado de todas armas.

—¡Hola! ¿Sois vos, capitán Carrillo? dijo D. Ruy con marcadas muestras de franqueza.

—El mismo soy, señor, contestó el capitán con respeto.

—Y bien: ¿teneis prevenidos vuestros bravos ballesteros?

—Los doce esperan tras de aquella puerta.

Y señaló una que se veía en un ángulo del aposento.

—Está bien, capitán; habeis cumplido cual yo deseaba. ¡Oh! veremos si ese tremendo jefe de asonadas que tan acepto trae al pueblo, y tanto terror ha infundido entre los partidarios del adelantado, es tan audaz que no quiere avenirse á las órdenes que tengo de su alteza.

—Paréceme, señor, que ha de mostrarse algo rebelde, y mucho más cuando se ve asistido de tanta gente.

—Tanto peor para él, capitán.

—¿Y estais seguro, señor, que vendrá hasta aquí?

—Sí, capitán; no tengais la menor duda. Está demasiado engreído con su popularidad, para que no trate de ostentar su poder á presencia de un enviado del rey; su desmedido orgullo le impele hácia su fatal destino. Además, que él nunca podrá creer, que un hombre que solo trae consigo un capitán y algunos ballesteros muy bravos, es verdad, se atreva á hacerle entrar en razon, cuando todo un adelantado no se ha atrevido á hacerle frente.

—¿Y habeis meditado bien, D. Ruy, lo arriesgado de vuestra empresa?

—No os negaré, capitán, que es árdua, y que puede tener fatales resultados para nosotros: pero cuando se trata de servir al rey, no debe amedrentarnos el peligro que corre nuestra vida: al contrario; debemos marchar en línea recta hácia él, y destruirle, si es po-

sible, antes que nos alcance. Además, que para lograr el objeto que me he propuesto, cuento con vos.

—Bien sabeis, D. Ruy, que al merecer la honra de que me eligierais para acompañaros en esta empresa, os juré morir en ella si necesario fuese, y así lo cumpliré.

Aquí llegaban, cuando el pueblo, que ocupaba la plaza, prorumpió en inmensos vivas y aclamaciones, atronando el espacio con sus desaforados gritos.

—Ya está ahí el ídolo popular, dijo D. Ruy. Oid como le victorea el pueblo, y con que entusiasmo le acoge.

—En verdad, que el señor de Laza debe estar orgulloso de la gran popularidad que tiene entre los murcianos, contestó el capitán.

—Dejadle que goce un momento más de ella, puesto que bien pronto ha de terminar. Entre tanto, ocultaos en donde están vuestros ballesteros, y aunque veais ú oigais algo extraordinario, permaneced en vuestro accho hasta que yo os llame.

—Está bien, D. Ruy, allí espero.

Y se entró por la puerta que ya conocemos.

Entre tanto, el pueblo seguía con sus vitores y aclamaciones.

D. Ruy, al quedarse solo, se asomó de nuevo á la ventana, á cuyo tiempo el Procurador desembocaba en la plaza.

Iba montado á caballo, y vestía de punta en blanco.

La gente que le seguía desde su casa, al unirse con la que llenaba la plaza, formaron una masa tan compacta, que no parecia sino que caballero y caballo estaban incrustados en aquel Océano de cabezas humanas.

El paso del caballo por entre la multitud, era poco menos que imposible.

Por fin, al cabo de media hora que empleó en atravesar la plaza, llegó á la puerta del palacio.

Una vez allí, se apeó del caballo, entregó las riendas á un paje, se internó en el patio, y tomó la escalera.

XI.

LA JUSTICIA DEL REY.

Cuando llegó al aposento donde esperaba D. Ruy, se encontró frente á frente de él.

Ambos se miraron por un momento con atencion, porque era la primera vez que se veian.

Los dos eran jóvenes, nobles y valientes.

Los dos eran favoritos.

El uno era del rey de Castilla.

El otro del pueblo murciano.

Los dos se hallaban, pues, á una misma altura.

—Perdonad si os habeis impacientado con esperar, D. Ruy; pues no ha estado en mi mano el evitarlo, dijo el Procurador que fué el primero en hablar. El pueblo, con mostrarme lo mucho que me estima, me ha impedido, antes de lo que yo hubiera deseado, presentarme ante el muy noble D. Ruy Lopez Dávalos, camarero mayor de su alteza, y uno de sus más fieles servidores.

Estas palabras, fueron pronunciadas con un acento tal de ironía, que D. Ruy no pudo menos de tomarlas en cuenta, y decirle:

—Sí; todo lo he presenciado desde aquella ventana: habeis venido á guisa de conquistador. Y en verdad que debeis de estar orgulloso del alto puesto que ocupais. Sois jefe del bando de los Manueles; sois Procurador general del Concejo de la ciudad, y además, sois también *el ídolo de todo un pueblo*.

Y D. Ruy marcó las palabras subrayadas de un modo tal, que al Procurador no le quedó duda alguna de que las que él habia dirigido á D. Ruy, habian sido comprendidas tal como las habia querido pronunciar.

Ambos guardaron silencio por un momento.

Como se vé, los dos antagonistas se habian comprendido perfectamente.

Entretanto, D. Ruy luchaba entre matar á un hombre que él mismo se le habia puesto al alcance de su justicia, ó dejarlo con vida. Porque si bien es cierto que el Procurador habia comenzado por insolentarse con él, sin embargo, esto no era suficiente motivo para privarle de ella. Pero al mismo tiempo no podía menos de recordar que habia jurado al rey solemnemente terminar de una vez los bandos y rebeldías de que era presa la ciudad, y de ninguna manera podia faltar á su juramento. Además, que si dejaba escapar aquella ocasion, acaso nunca más la volveria á lograr. Así, pues, y sin parar mientes en el resultado feliz

ó adverso que aquella empresa que habia acometido pudiera reportarle, se decidió á terminarla.

—¿Sabeis, señor Procurador general, que el rey está muy enojado con vos? dijo D. Ruy, que fué el primero que rompió aquel breve silencio.

—¿Que está enojado su alteza, decidis!... ¿y por qué? contestó altaneramente el Procurador.

—Porque habeis cometido mil desafueros; porque os habeis nombrado de vuestra voluntad Procurador general del Concejo; porque habeis dado cargos y valimientos á quien no los merecia; porque os habeis apoderado de las rentas reales, y en fin, porque habeis sido causa, con vuestras demasias, de que el adelantado haya abandonado la ciudad, dejándola á merced de vuestro capricho. Si todo esto os parece poco para caer en el desagrado de su alteza, vive Dios que no comprendo que se pueda llevar más adelante la rebeldía.

Al oír los cargos que D. Ruy le hacia, su carácter altanero y orgulloso no pudo menos de rebelarse.

—Y... ¿me hareis la merced, señor camarero mayor, de decirme con qué derecho os constituís en juez de mis asuntos? preguntó el Procurador no pudiendo contener la cólera que le dominaba.

—¿Con qué derecho decidis?... Con el poder real que me asiste; contestó D. Ruy palideciendo y mirando hácia la puerta tras la cual esperaban los ballesteros.

—Es decir, que llevareis cédula del rey, porque de otro modo....

—¡Pues qué! ¿dudareis acaso de mis palabras?... exclamó D. Ruy no pudiendo ya contenerse.

—Tomad, ved qué os dice eso.

Y sacando apresuradamente de su escarcela un rollo de pergamino, envuelto en un paño de seda, lo puso en las manos del Procurador.

Este lo tomó: desató la cinta que lo sujetaba, y despues de examinar cuidadosamente el sello de plomo que pendía de él, y el sello real que en cera encarnada traía impreso, leyó con voz un tanto alterada:

«D. Enrique, por la gracia de Dios, rey de Castilla, de Leon, de Toledo, de Galicia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia, de Jaen, de Algeciras, señor de Vizcaya y de Molina. A vos Procurador general y á los demás del Concejo, salud y gracia. Sabed: Que siéndome notorios los desafueros y tropelías que cada día se cometen en mi buena ciudad de Murcia, por envidia de unos á otros, os envío á D. Ruy Lopez Dávalos, mi Camarero mayor, para que haga justicia y escarmientos, si necesario fuese. Por tanto: por esta mi carta, signada y refrendada, doy todo mi poder á dicho D. Ruy Lopez Dávalos, mi Camarero mayor, para que pueda hacer lo que crea necesario en servicio del Trono, en mi buena ciudad de Murcia. Y es mi voluntad que no se le ponga impedimento alguno en aquello que hicierre, porque será en desagrado mio. Otrosi: Doile facultades para que pueda nombrar Procurador general y otros oficios, por el tiempo que creyere conveniente. Asimismo, mándoos á todos los que leyereis y entendiereis esta mi carta, le obedezeais en todo como si yo fuese, porque de no hacerlo así, hareis un gran deservicio.—De Madrid, á los veinticuatro días del mes de diciembre del año de Nuestro Señor Jesucristo, mil trescientos noventa y cuatro.—Yo el Rey. Yo, Pedro Gonzalez, lo hice escribir por mandato de su alteza.»

Terminada la lectura, el Procurador quedóse pensativo.

—Ya lo veis, dijo D. Ruy despues de una breve pausa. El rey me concede facultades para hacer lo que mejor convenga en servicio suyo.

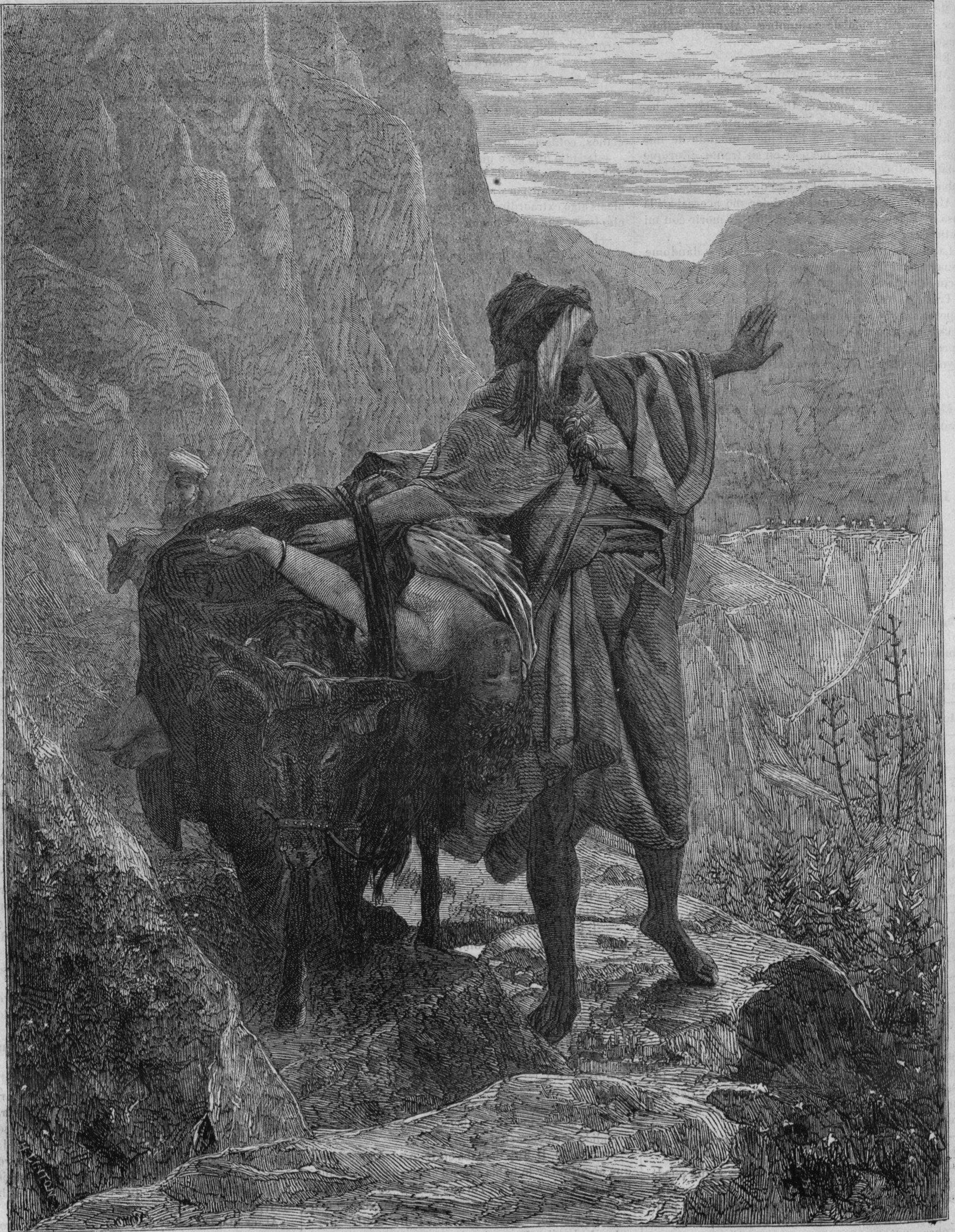
—En efecto, así es la verdad; contestó el Procurador maquinalmente.

—Pues bien; puesto que estais convencido del poder que me asiste para ejercer el honroso cargo de pacificar á los murcianos, con que su alteza se ha dignado enaltecerme, y haya de comenzar á desempeñar lo para cumplir en breve lo que he prometido á su alteza, preciso será que os diga: D. Andrés Garcia de Laza, ya no sois Procurador general del Concejo; ¡os destituyo de este cargo que tan á mansalva habeis usurpado!

Al oír lo que D. Ruy acababa de decir, el Procurador, no pudiéndose contener ya, exclamó pálido de furor y exaltándose por momentos.

—¿Y creéis, vive Dios, que estoy dispuesto á acatar la voluntad, no del rey, sino de un miserable intrigante que mendiga sus favores para alzarse sobre los demás? Pues os engañais, señor Camarero mayor; porque para sostener mis derechos, como veis, tengo to-

(1) Habiéndonos manifestado varios suscritores, en cartas particulares, que deseaban ver terminada *La cabeza de un rebelde*, por el interés que les habia causado su lectura, hoy ponemos fin á su publicación, que tan favorablemente ha sido acogida. Al mismo tiempo, tenemos el gusto de anunciar que su autor el señor Honorio se ocupa en escribir una colección de tradiciones y leyendas de Murcia, que tal vez publicaremos más adelante.



EL LEVITA DE EFRAIN.



Ch. Sauvageot



do un pueblo que sabrá defender á su jefe, para conservar en el mismo puesto que se ha sabido conquistar. Y paro daros una prueba de lo que puedo y valgo, sabed, que desde ahora, vos y los que os acompañais mis prisioneros; esto en cuanto á vos. En cuanto al rey, mirad.

Y arrebatado por la cólera que le dominaba, rompió en mil pedazos la cédula real que aun conservaba en la mano.

Al ver la audacia del Procurador, D. Ruy, lívido de cólera y con la mano puesta en la empuñadura de su espada, exclamó con voz de trueno:

—¡Pues bien, señor de Laza; ya que os habeis atrevido á insultar al mismo rey de un modo tan villano, y además me habeis amenazado con tanta osadía como insolencia, poneos bien con Dios, porque á ese mismo pueblo de quien tanto fiáis, voy á arrojarle vuestra cabeza por esa ventana!

—Pues bien, probadlo si podeis: que yo os juro por mi nombre, que no saldreis con vida de este aposento.

Y se dirigió á la ventana en ademán de llamar á los suyos.

Pero antes que llegara á ella, D. Ruy, rápido como el pensamiento, desenvainó su espada, y poniéndole la punta al pecho exclamó:

—¡Atrás, señor de Laza! Estais en mi poder, y no os dejaré ya hasta cumplir lo que os acabo de anunciar. ¡A mí, capitán Carrillo!

No habia concluido D. Ruy de pronunciar las últimas palabras, cuando el Procurador se vió rodeado de los ballesteros del rey.

—¡Ah, traidor! exclamó al verse asaltado tan súbitamente, desnudando al mismo tiempo la espada. Me habeis armado una emboscada; pero yo os juro que os venderé cara mi vida.

Y acometió con tal vigor, que hizo retroceder á los soldados.

—¿Qué es eso, cobardes? dijo D. Ruy al ver que cedían los ballesteros. ¿Retrocedéis ante un hombre solo? ¡Capitán Carrillo, en nombre del rey, dadme cuenta de ese hombre!

Al oír la voz de D. Ruy, los ballesteros, avergonzados de que un solo hombre les hubiera hecho retroceder, embistieron con denuedo, y tras una corta lucha, el Procurador rodó por el suelo acribillado de heridas.

Entonces, D. Ruy, hizo retirar á los ballesteros, y en seguida apareció un hombre vestido de colorado, con una ancha espada en la mano.

Era el verdugo.

—Mateo Sanchez, dijo; ¡cúmplase la justicia del rey! A esta orden, el verdugo asió con ambas manos la espada, y de un solo golpe separó la cabeza del tronco.

—¡Traedla acá!

Y tomándola por los cabellos, se asomó á la ventana, y arrojó aquel sangriento trofeo en medio de la muchedumbre, que se apartó horrorizada al verla caer, formando un ancho círculo en derredor suyo.

Aquella cabeza, lívida, con los ojos saltándose de las órbitas, las facciones horriblemente contraídas y destilando caños de sangre, revotó dos ó tres veces sobre el suelo, salpicando á los más próximos.

D. Ruy, desde la ventana, dirigió lo voz al pueblo en estos términos:

—Murcianos: Hé ahí la cabeza de vuestro tirano. Del que en mengua de la dignidad real os traía y llevaba á su antojo y voluntad, haciéndoos aparecer rebeldes ante los ojos del rey, á quien teneis muy enojado por los desmanes que habeis cometido instigados por vuestro jefe. En nombre, pues, de su alteza, de quien tengo amplios poderes para hacer lo que he hecho, os amonesto para que torneis á vuestras casas, y nunca más volvais á alzar asonadas. Si así lo haceis, yo os perdono en nombre de su alteza y nada os acontecerá. Pero si tratáis de resistir á la voluntad real, antes que os revolvais, el ejército que tengo apostado caerá sobre vosotros y á todos os pasará á cuchillo.

El pueblo, amedrentado al oír las palabras de don Ruy, y lleno de terror por lo que habia presenciado, se retiró en el mayor silencio.

Un cuarto de hora despues, la plaza quedó completamente abandonada.

Epílogo.

Así terminó aquella lucha que por espacio de cuatro años habia ensangrentado el suelo murciano, concluyendo de una vez y para siempre las rivalidades de los dos bandos.

Doña Blanca, al saber la muerte de su esposo, fué atacada de una fuerte calentura, que dió fin de ella á los pocos dias.

Su hermano, aterrado con la tremenda justicia que se habia hecho con D. Andrés García de Laza, se avino á la voluntad del rey, y jamás tornó á rebelarse.

El adelantado, por orden de D. Ruy, volvió á entrar en la ciudad, y á tomar el mando de ella, como lo habia tenido antes.

El cargo de Procurador general del Concejo, se extinguió con D. Andrés García de Laza; porque D. Ruy lo suprimió para stempre, dejando por único jefe al mismo adelantado.

Cuando D. Ruy volvió á Madrid despues de haber pacificado á los murcianos, el rey le recibió con gran regocijo, dispensándole muchas mercedes.

Este hecho, el más grande que se cuenta en su vida, contribuyó eficazmente á que el rey, algunos años adelante, le nombrara condestable de Castilla.

HONORIO.

JEREZ DE LA FRONTERA.

La historia de Jerez se remonta á los primeros tiempos de España, pero su importancia y nombradía cuentan pocos años de antigüedad.

Conocida ya en la época de los romanos con el título de Cesariana, fué cercada más tarde por el rey de Marruecos Aben Jucef, y asolada por el rey de Castilla don Alonso, sétimo de este nombre.

Tomada despues por el marqués de Cádiz en el tiempo en que los grandes traían á Castilla y Andalucía revueltas, no vuelve á sonar en nuestras crónicas hasta que su desarrollo mercantil y su famosa industria vinícola la han colocado á la altura de las más ricas poblaciones de España, y de las más notables.

Jerez de la Frontera es, por lo tanto, una hermosa ciudad de cerca de cuarenta mil habitantes, con espaciosas calles, magníficos edificios, una soberbia colegiata, no tan bella, sin embargo, como la Cartuja que lleva el nombre de la capital, buenos establecimientos de beneficencia, y sobre todo, inmensas y lujosas bodegas, que acaso exceden en grandeza y elegancia á las afamadas de Burdeos y de Heidelberg. Su principal industria es, como hemos dicho, la de los vinos, de los cuales hay anualmente una exportación para el extranjero, en especial para Inglaterra y Rusia, que representa muchos millones de reales.

Oigo tu voz sin verte,
tras tanto tiempo silenciosa y muda
llegar hasta mi oído,
y Urania nuevamente te saluda.

«Un corazón me queda ¡te lo vendo!»
dijo la voz en su fugaz carrera.

¿Quién eres, di, que tan veloz caminas?
«De Blasco mensajera

por quien tu afecto y amistad inclinas.»

Y esto dicho, perdióse en el espacio
sin detenerse un punto, sin oírme,
pues de ella en vano quise despedirme.

¿Y es posible, exclamé, que en mí no quede,
comprando un corazón que amor no cede?

URANIA.

Marzo 2 de 1866.

EL LEVITA DE EFRAIM.

Los capítulos xix, xx y xxi del primer libro de los Jueces, cuentan la historia del levita de Efraim. Habiendo pasado la noche con su mujer en la villa de Guibha, de la tribu de Benjamin, los habitantes ejercieron con ésta tales actos de brutalidad, que la produjeron la muerte.

A la mañana siguiente, el marido encontró á su mujer tendida á la puerta de la casa.

«Y segun cuenta la Biblia, le dijo: Levántate, y marchemos; pero ella no respondió. Entonces, la cargó sobre su asno, se puso en camino y regresó á su casa.»

El levita informó á las tribus de Israel de este crimen, y al mismo tiempo envió á cada una, una parte del cadáver, que dividió en doce.

Los habitantes de Guibha pagaron caro su delito, que fué castigado con todo rigor por las otras tribus.

El cuadro que representa el episodio citado en el versículo anterior, es el que hoy reproducimos; el mismo que existe en el museo de Nancy, despues de haber obtenido grandes alabanzas en la exposicion de 1864.

El levita de Efraim abandona la villa de Guibha, donde su mujer ha sido víctima de infames ultrajes; descende por las montañas, con el cadáver sobre el asno, y dirige su marcha por un sendero estrecho y escabroso.

En el fondo se percibe la villa de Guibha á través de las brumas de la mañana, y él, vuelto hácia la ciudad con el rostro sereno, pero con el corazón ulcerado, estiende la mano sobre ella, como en señal de maldición.

El artista Mr. Cellier, ha impreso en esta composición un carácter eminentemente dramático, y tanto las líneas de las figuras como el colorido severo y grandioso del paisaje, no dejan nada que desear.

ESCENAS DE LA VIDA MILITAR EN MÉJICO.

EL SOLDADO CUREÑO.

(Continuacion.)

EL VOLADERO.

Mi primera contestación fué tender la mano con avidéz para cojer la bota.

—¡Dadme, por Dios, le dije; la sed me devora; imposible esperar hasta la noche!

—Dentro de diez minutos, me contestó, habrá completamente anochecido; así, pues, yo mismo guardaré la bota no haga el demonio que los soldados, furiosos, traten de mataros para arrancárosla. Entretanto haced ensillad vuestro caballo y venid á reuniros conmigo en la puerta de aquella ermita que se ve á lo lejos, donde tengo el mio ensillado y embridado ya. Avisad á los cien ginetes con quienes podemos contar dándoles la orden de que vayan á reunírsenos en la llanura, dentro de media hora. Diremos á los centinelas que vamos en busca de agua y nos dejarán pasar, sin despertar sospechas.

Dicho esto, Valdivia se alejó, á pesar de mis súplicas, llevándose la bota del agua. Como no tenia más remedio que obedecer, me apresuré á ejecutar sus instrucciones, y media hora despues nuestros ginetes, dispuestos á partir, nos esperaban en el sitio convenido. Por mi parte, cogí el caballo por la brida y acompañado de la mujer y del niño, me reuní á Valdivia que ya me esperaba, como me habia indicado, en la puerta de la ermita. En vez de algunas gotas de agua, como me habia ofrecido, me presentó una bota llena de aquel precioso licor y me fué preciso hacer un supremo esfuerzo sobre mí mismo, para no apurar de un solo trago todo su contenido, tal era la sed que me devoraba; sin embargo, dejé una cantidad suficiente para satisfacer al pobre niño y á la infeliz mujer que estaba á mi servicio. Cuando hubimos terminado de beber hasta la última gota, me dirigí á Valdivia y le dije:

—Vamos á ver, ¿cuál es vuestra proposición?

—La de venir con vuestros cien ginetes á asaltar una hacienda que se halla á dos leguas de aquí, donde hay agua en abundancia, pero que está ocupada por un respetable destacamento enemigo.

—Partamos inmediatamente, le contesté; pero siendo así, ¿por qué no comunicamos tan buena noticia al general y en vez de cien hombres llevaríamos mil, con los cuales asegurariamos mejor el éxito de la empresa?

—¿Por qué? me replicó, porque el general en estos momentos no es dueño de sus tropas, y cualquier orden que diera precipitaria la explosión de un complot fraguado hace tiempo, para entregar nuestro ejército al enemigo. Sí, mi capitán, si no tomamos nosotros inmediatamente la Hacienda de San Eustaquio, mañana el general Bayon no contará ni con un soldado. Sabed que entre nosotros existe un traidor y ese traidor no es otro que el general Ponce.

Apenas Valdivia acaba de pronunciar estas palabras un gran tumulto se dejó oír en una de las estremidades de nuestro campamento, tumulto, que poco á poco fué tomando mayores proporciones. Antorchas encendidas cruzaban de un lado á otro, iluminando nu-

merosos grupos de soldados, cuyos gritos llegaban distintamente hasta nosotros.

A la luz de las antorchas vimos al general Bayon abandonar su tienda y avanzar solo y con la cabeza descubierta hacia los más furiosos; pero su voz, casi siempre respetada, parecía en aquellos momentos desconocida.

—Me he engañado en un día, dijo Valdivia; no creí que tan pronto estallase la insurrección. Sin embargo, el general probablemente no hará entrar en razón á los descontentos hasta mañana; partamos nosotros inmediatamente, pues no hay tiempo que perder: es preciso que esta misma noche podamos volver á anunciar al general que sus tropas tendrán mañana agua y víveres en abundancia.

El tumulto continuaba aún, pero al parecer menos ruidoso que al principio, y la voz del general, que llegaba perfectamente hasta nuestros oídos, dominaba las de los alborotadores. Monté á caballo, y aconsejé á Valdivia que hiciese otro tanto.

—Antes es preciso, me contestó, que os presente un centinela enemigo, que me ha parecido oportuno traerme esta tarde, porque nos puede ser muy útil en estas circunstancias.

Y sin tomarse la molestia de darme más explicaciones sobre sus enigmáticas palabras, Valdivia se alejó; pero no tardó en volver, trayendo bajo su brazo una masa negra; cuando estuvo más cerca, reconocí que aquella masa era un hombre con el traje de lancero. Valdivia lo puso en tierra, desató los cordeles que lo sujetaban, y lo colocó en la grupa de su caballo. Mi robusto compañero había calculado que el medio más corto y más eficaz de deslizarse hasta los pozos de la hacienda, era apoderarse y agarrotar al centinela enemigo, colocado cerca de la cisterna principal, y traerse despues consigo como un guía necesario en otra escursión nocturna. ¿Cómo Valdivia había llevado á feliz término este golpe de mano? no tenía necesidad de explicármelo; su robusta constitución me decía más que pudieran hacerlo sus palabras.

Pusimonos en marcha inmediatamente, reuniéndonos con los cien hombres que nos esperaban en la lanura, y en los cuales tenía yo una completa confianza. Durante el camino interrogamos al prisionero sobre la situación y fuerza de la guarnición enemiga que ocupaba la Hacienda de D. Eustaquio, y por él supimos que aquella fuerza se componía de unos quinientos hombres, mandados por el comandante Larrainzar, hombre orgulloso, brutal y detestado de sus soldados. Obtuvimos, además, otras noticias importantes sobre la posición de las tropas y los sitios menos bien defendidos ó completamente abandonados.

No fué sin grandes dificultades como pudimos atravesar las dos ó tres leguas que separaban de nuestro campo la Hacienda de D. Eustaquio, por medio de caminos intransitables y con caballos estenuados por la fatiga y la sed. La referida hacienda ocupaba la estremidad de una de esas estensas cimas de la cordillera.

Llegados á medio kilómetro de distancia sin haber sido apercibidos, gracias á la oscuridad de una noche sin luna, hizimos alto en una plazoleta rodeada de magníficos árboles, y yo me adelanté solo, con objeto de practicar un reconocimiento. La hacienda, por lo que pude observar, deslizándose por entre los árboles, formaba un gran paralelogramo macizo, sostenido ó defendido por enormes contrafuertes de piedra sillera, recibiendo luz únicamente por el lado de la sierra, por algunas pequeñas y escasas ventanas guarnecidas de gruesas barras de hierro. Una muralla alta y de bastante espesor se elevaba sobre uno de los costados de este paralelogramo, la cual encerraba y comprendía en su recinto el patio, las cuadras y las granjas. La guarnición enemiga estaba acampada y alojada en este patio.

En el ángulo opuesto al en que yo me encontraba en aquel momento, se elevaba una especie de campanario: era una torre cuadrada de tres pisos que indicaba el sitio donde se hallaba situada la capilla.

En cuanto á la parte posterior de la hacienda se hallaba aún mejor defendida que todo el resto por una sima sin fondo. La extensión de esta sima ó precipicio se unía á otra muralla cortada á pico por la naturaleza, y era imposible mirar á su fondo sin experimentar una especie de vértigo. Este precipicio era conocido en el país bajo el nombre de *el Voladero*.

Ya había explorado yo todos los lados de la hacienda y solamente me restaba aquel: no sé qué escrúpulo de honor militar me impulsó á continuar mi exploración

á lo largo del precipicio, aun á riesgo de mi vida. Entre la pared y el precipicio se abría un estrecho sendero de seis pies de ancho, todo lo más: el trayecto, aún de día, hubiera sido peligroso; pero de noche y en semejante circunstancia pudiera graduarse de insignie locura. Seguir aquel sendero en medio de las tinieblas, á dos pasos de una sima sin fondo por la izquierda, y una pared cortada á pico por la derecha, no era empresa fácil para ningún jinete, por hábil que fuera, y sin embargo, cerré mis ojos y me lancé con mi caballo por el estrecho sendero, encomendándome á la Virgen y á todos los santos de mi particular devoción.

Llevaría andado, sin obstáculo alguno, la mitad del camino, cuando mi caballo relincho de pronto y sus orejas se enderezaron, como presintiendo un grave peligro. Aquel relincho me hizo estremecer: había llegado á un sitio donde el sendero no tenía más terreno que el que ocupaban las cuatro patas del caballo; retroceder era imposible.

—¡Hola! grité en alta voz, aún á riesgo de hacerme traición, lo cual era, sin embargo, mucho menos peligroso que encontrarme frente á frente con otro jinete.—Si algún temerario se ha permitido penetrar como yo en este sendero, por el bien de ambos le suplico que no avance.

Era ya demasiado tarde: un hombre á caballo se dirigía hacia mí, y comprendiendo el horrible peligro que nos amenazaba, no solamente mi frente se bañó de un sudor frío, sino que vacilé sobre la silla, y por un momento creí que me acometía un vahido.

—Por el amor de Dios, ¿no podeis retroceder? le dije con voz apenas inteligible.

—¡Imposible! me contestó el jinete con voz ronca; presumo que ambos estamos perdidos.

Al oír aquellas palabras encomendé mi alma á Dios. Volver bridas, en donde no había espacio para verificarlo, desandar el camino hacia atrás, ó echar pié á tierra, eran tres cosas materialmente imposibles, y que nos colocaban enfrente de una muerte cierta: entre dos jinetes lanzados por aquel sendero fatal, aunque ambos fueran padre é hijo, no había remedio, era preciso que uno de los dos fuese presa del abismo. Algunos segundos habían trascurrido y nos hallábamos frente á frente; nuestros caballos tocaron sus cabezas y sus narices, temblando de terror, y confundían en uno solo su ardiente resoplido: por algunos instantes mas guardamos ambos un glacial silencio. ¿Era un enemigo el que tenía enfrente de mí? El amor á la patria que hervía en aquella época en mi joven corazón, me hizo desear que así fuese.

—¿Estáis por Méjico ó por los enemigos de la patria? grité, en un momento de exaltación, decidido á lanzarme sobre el desconocido si me respondía afirmativamente á esto último.

—Méjico es mi divisa, me contestó; soy el coronel Garduña.

—¡Y yo el capitán Castaños!

Ambos nos conocíamos de muy antiguo, y sin la turbación en que nos hallábamos y que nos tenía sobrecogidos, no hubiéramos tenido necesidad de publicar nuestros nombres para reconocernos al momento. El coronel había partido del campamento hacia dos días, á la cabeza de un destacamento explorador, y como no había regresado, le creíamos muerto ó prisionero.

—Coronel, le dije; siento en el alma que no seas un enemigo, porque como comprenderéis, es preciso que uno de los dos ceda el paso al otro; y esto diciendo busqué mis pistolas en el arzon de la silla.

—Tan convencido estoy de ello, me replicó, con una espantosa sangre fría, que ya hubiera saltado la tapa de los sesos á vuestro caballo, sin el natural temor de que el mío, espantado con el ruido de la detonación, no me precipitase con vos al fondo del abismo.

Entonces observé que el coronel acariciaba con la mano la culata de sus pistolas. Nuestros caballos presentían el peligro como nosotros mismos, y permanecían inmóviles como si sus piés se hallasen clavados en el suelo.

J. BELZA.

(Se continuará.)

CAMINO DEL MERCADO.

La lámina que publicamos en la primera página de este número es un capricho de artista; pero á través de él, se descubre un pensamiento triste y profundo, como el asunto que le ha inspirado.

Una pobre familia escocesa lleva á vender al mercado el ternero que era su única fortuna, y quizás su única alegría; el manso animal se niega á andar, como presintiendo la suerte que le espera, y la infeliz mujer, en cuyas manos acostumbraba á comer en otro tiempo, le acaricia para animarle á proseguir su marcha.

Es una composición tierna y sencilla, que hace comprender las delicias y al mismo tiempo los sinsabores de la vida campestre, y á la que el buril del grabador no ha quitado nada de su colorido y su poesía.

HELGOLAND.

Helgoland, que significa en alemán tierra sagrada, es una escarpada isla, situada á alguna distancia de la embocadura del Elba, y que avanza cercada de rocas hacia el mar del Norte.

Fué en algún tiempo residencia de un jefe de piratas daneses, y se adoraba en ella una divinidad sajona llamada Phoseta.

Anexionada á Dinamarca, los ingleses, esos grandes acaparadores de islas, la adquirieron en 1814 por medio de un tratado, sistema de conquista que les es habitual.

Helgoland cuenta hoy cerca de tres mil habitantes, pertenecientes á la raza frisona, y sus baños de mar son frecuentados durante la estación veraniega por una multitud considerable.

HISTORIA ÍNTIMA DE LOS PERROS.

Los ingleses, que todo lo pintan y todo lo razonan, despues de haber analizado á su sabor los sentimientos de los hombres, se han dedicado á estudiar y describir los de los perros.

Todos ellos están esplicados en el grabado de la plana 48.

La solicitud y el interés tienen sus intérpretes en los dos primeros, acostumbrados al trato de los inferiores, y por consiguiente, comedidos y discretos hasta tratándose de comer, cuestión en la que son juiciosos muy pocos hombres.

La prudencia y la desconfianza se simbolizan en el perro de la portera, que sin vanos alardes de ferocidad, se prepara á tener á raya á los tunantes y á los importunos.

La resignación y el cariño se retratan en la tranquila actitud del acompañante perpétuo del saboyano, que tal vez no tiene en la tierra otro sér que le comprenda y le estime.

La vigilancia y el egoísmo están representados en el travieso falderillo que avisa á su señora la llegada del que espera, y que muerde las pantorrillas de aquel á quien su señora aborrece.

Por último, la vanidad y el buen tono; la astucia y la glotonería; la inteligencia y el valor se descubren en los tres tipos que completan el cuadro, y que parecen arrancados á la naturaleza misma. Los perros no podrán quejarse de su biógrafo; al espresar sus sentimientos les ha hecho justicia, y esto, aun tratándose de perros, no es tan comun que no valga la pena de agradecerlo y celebrarlo.

Solucion del Geroglífico publicado en el número anterior.

En boca cerrada no entran moscas.

Correspondencia de EL PERIÓDICO ILUSTRADO.

D. G. N., de Girona; por el correo de hoy remitimos á Vd. nueve números del 45.—D. J. B. G., de Monistrol; recibidos los sellos; queda renovada la suscripción de Vd.—D. J. B. C., de Don Benito; su suscripción de Vd. termina en 15 de marzo.—D. C. D. y A., de Barcelona; esta dirección se ha ocupado de su petición de Vd., pero advertimos tener encuadradas muchas colecciones, y hará lo posible por complacer á Vd.—D. J. M., de Alicante; recibida la letra conforme con su carta de Vd.—D. M. S., Santa Cruz de Tenerife; quedan hechas las dos suscripciones, según su carta de 1.º de Marzo.—D. L. D., de Bilbao; recibidos 28 rs. en sellos. Queda Vd. suscrito por un año.—D. R. de C.; Torrejon de Velasco; recibidos los sellos; queda renovada su suscripción de Vd.—D. M. O., de Jaca; recibida la libranza; queda suscrito D. V. C. A.—D. J. de A., de Santa Cruz de Tenerife; recibidos los sellos; remitimos á Vd. los números que le faltan.—D. M. M., del C. Garabicho de Tenerife; recibimos 16 rs. en sellos para una colección, que le remitimos por el correo de hoy.

Editor responsable, P. A. LAMARTINIERE.

MADRID: 1866.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.

UN EPISODIO DE LA GUERRA DEL URUGUAY.

A pesar de los esfuerzos de la diplomacia y de las alternativas experimentadas últimamente por ambos países, la guerra entre el Brasil y el Uruguay con-

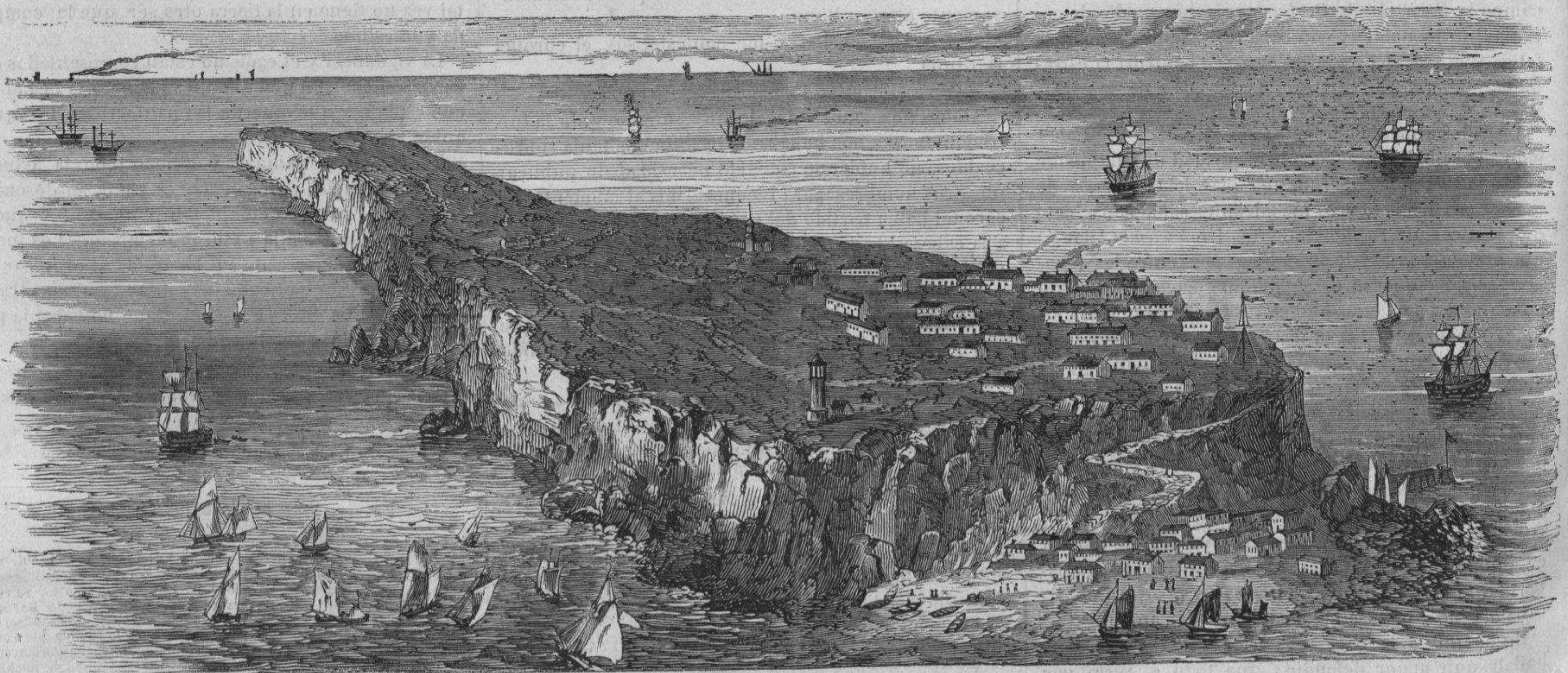
tinúa, aunque sin gran encarnizamiento por ahora. Hace pocos meses los uruguayos han intentado una incursión en el territorio brasileño, pero sus esfuerzos han sido inútiles, y la resistencia de sus enemigos les ha demostrado que no es este triunfo tan fácil como presumían. Las tropas del Brasil, disciplinadas á la

francesa, combaten con ventaja á los uruguayos, cuya organización es la de guerrillas.

El croquis que publicamos en la presente página, representa un choque entre la caballería de ambos países, el cual estamos seguros agrada á nuestros lectores por su exactitud y movimiento.



UN EPISODIO DE LA GUERRA DEL URUGUAY.



HELGOLAND.

ADVERTENCIA.

Recordamos á muchos de nuestros abonados hallarse terminadas sus suscripciones, y esperamos harán las renovaciones sin pérdida de tiempo, sino quieren experimentar retraso en el envío de nuestros números, acompañando su

importe en sellos ó en libranzas del Giro mútuo. La Administración y despacho de este periódico se han trasladado al Pasaje de Matheu, número 6, tienda donde podrán dirigirse los pedidos y reclamaciones.